

ya completamente bien: las lágrimas me han aliviado; las lágrimas son benéfica lluvia después de la tempestad. No te maravilles nada de cuánto en mi sueño pueda decir. Cuando se acerca la muerte, el alma, en sus esfuerzos para romper los lazos que la unen á la materia sufre extrañas angustias, pero dicen que el espíritu la reanima y la asiste en el momento solemne.

Por la mañana recibí la orden de presentarme al prior. Bajé á su cuarto; dijeronme que estaba ocupado y que le esperase en la sala del capítulo que estaba contigua; entré en ella y dí una vuelta al rededor; creo que era la segunda vez que penetraba en aquel aposento y nunca habia tenido tiempo para contemplar su arquitectura que era grandiosa y severa; sin embargo no fijaba en ello mi atención mas que á medias. Las emociones de la noche me habian postrado, turbando y espantando además mi conciencia y por encima de todo me afligian extraordinariamente los dolores físicos y morales de mi pobre maestro; además el llamamiento del prior no dejaba de inquietarme, pues habia descuidado notoriamente mis obligaciones religiosas, desde que era discípulo del padre Alejo y yo mismo me echaba en cara esta falta. Procuraba pasear mis melancólicas miradas por todo cuánto me rodeaba á fin de sacudir tristezas y fortalecerme contra estas aprensiones. Me sorprendió el orden hermosísimo de aquella antigua sala cimbrada con una fuerza y un atrevimiento desconocidos de nuestros arquitectos modernos. Unas conchas pegadas á la pared daban nacimiento á hojarascas de piedra, las cuáles entrecruzándose en la bóveda, formaban preciosos arcos.

Debajo de cada concha colgaba el retrato de un dignatario ó de un personaje ilustre de la orden. Todos ellos eran magníficos cuadros con lujosos marcos y esta larga galería de graves personajes vestidos de negro, tenia un no sé qué de imponente y de fúnebre. Era un día hermoso de los últimos de otoño; el sol entraba por las altas ventanas y difundía rayos de un amarillo pálido sobre las facciones austeras de aquellos respetables difuntos, comunicando cierto brillo á los dorados macizos ennegrecidos por el tiempo. Profundo silencio reinaba en los corredores y jardines y las bóvedas me enviaban el eco de mis pasos. De pronto parecióme oír otros tras de los míos, tan firmes y solemnes, que pensé fuera el prior. Volvíme para saludarle, pero no ví á nadie y creí haberme equivocado. Empecé á andar de nuevo y por segunda y tercera vez, apesar de estar solo en la sala volví á oír aquellos pasos. Asaltáronme en seguida mis pasados temores y pensé en huir de aquel sitio, pero forzado á esperar el prior, procuré hacerme superior á mi debilidad y atribuir cosas tan extrañas á la postracion de mi cuerpo y de mi espíritu. Para apartar mi pensamiento de ellas, me senté en un banco frente por frente del cuadro que estaba justo en medio de los demás. Representaba nuestro patron el gran San Benito. Esperaba yo que la contemplacion de esta bellísima pintura, ahuyentaria las visiones que me perseguian, pero cuál no seria mi sorpresa cuando en la cabeza pálida y dolorosamente extática del santo, reconocí las facciones del desconocido que habia encontrado la mañana aquella en el umbral de la Iglesia, cuando de ella me echó el hermano converso. Me levanté y me volví á sentar; me acer-

qué y retrocedí; cuánto mas miraba, mas me convenia de que era la misma fisonomía, la misma expresion, con la única diferencia de que la cabellera estaba esparcida desordenadamente detrás de la cabeza, su frente mas despejada, acusando el conjunto una edad mas madura. Su traje consistia en un hábito negro que permitia ver sus piés desnudos. El descubrimiento de esta semejanza me causó un trasporte de alegría; abrigué el orgullo de creer que nuestro santo patron se me habia aparecido y que su espíritu velaba por mí. Al propio tiempo pensé con fruicion que el padre Alejo estaba en buen camino y aún que era un santo, puesto que el bienaventurado estaba en comunicacion con él y venia en su auxilio, ya con saludables advertencias, ya con cariñosos estímulos.

Adelanteme para doblar la rodilla ánte imágen tan sagrada, pero me pareció que aún me seguian paso á paso, volvíme y no vi á nadie. En ese instante mis miradas se dirigieron al cuadro colocado enfrente del de San Benito, y cuál fué mi asombro al encontrar las mismas facciones, con una expresion dulce y suave y la bellísima cabellera rizada que un tiempo habia creído ver realmente! Este personaje era aún mucho mas idéntico á mi vision que el otro. Estaba en pié y en la misma actitud que se me habia aparecido. Llevaba exactamente la misma vestidura, la misma capa, el mismo cinturón, iguales botines. Sus grandes ojos azules algo hundidos bajo el arco regular de sus cejas se inclinaban suavemente con expresion meditativa y profunda. La pintura era tan hermosa que me pareció haber salido del propio pincel que la del San Benito y el per-

sonaje era tan real que todas mis dudas fueron reemplazadas por la inmensa alegría de volverle á ver siquiera fuese en efigie. Habíale representado con un libro en la mano y otros muchos esparcidos á sus piés; parecia pisar estos con indiferencia, mientras que alzaba el otro con la mano y parecia decir lo que efectivamente estaba escrito en las cubiertas de él: *¡Hic est veritas!*

Mientras le contemplaba arrobado diciéndome que debia de ser un hombre venerable, cuando su imágen decoraba la sala, se abrió la puerta del fondo y el padre tesorero que era un buen hombre sumamente hablador, vino á hacerme compañía esperando conmigo la llegada del prior.

—Me parece que le encanta á V. la vista de estos cuadros. Nuestro San Benito es una alhaja, segun dicen. Algunos aficionados lo han tomado por un Van-Dyck, pero Van-Dyck habia muerto cuando se pintó este lienzo. Esta, es obra de uno de sus discípulos, que imitaba admirablemente á su maestro. No es fácil equivocarse en las fechas, porque cuando Pedro Hebronius vino aquí hácia el año 1690, Van-Dyck no existia ya y como habreis observado, la cabeza de Pedro Hebronius, de edad entonces de treinta años, fué la que sirvió de modelo, al pintor de San Benito.

—¿Quién era pues ese Pedro Hebronius, pregunté?

—¡Toma! repuso el monge, mostrándome el retrato de mi desconocido amigo, pues es el que aquí conocen con el nombre del abad Espiridion, el venerable fundador de nuestra comunidad. Era, como veis, uno de los hombres mas hermosos de su época

y el pintor no podia hallar una cabeza mas bella para santo.

—¿Y murió? exclamé sin pensar lo que decia.

—Hacia el año 1698, respondió el tesorero, como cosa de un siglo. Veis que el pintor lo ha representado con un libro en la mano y pisando los demás; el primero dicen que es el cuarto escrito de Bossuet contra los protestantes; los otros son los execrables libros de Lutero y de sus adeptos. Esta accion alude á la reciente conversion de Pedro Hebronijs y señala su paso á la verdadera fé que sirvió despues con esplendor abrazando la vida religiosa y consagrando sus bienes á la edificacion de esta santa casa.

En efecto, repuse, he oido decir que este fundador, fué hombre de gran mérito que vivió y murió en olor de santidad.

El tesorero meneó la cabeza sonriéndose.

—Es fácil vivir bien, dijo; mas fácil que morir bien. No es bueno tanto cultivar la ciencia en el claustro. El espíritu se exalta; amenudo el orgullo se apodera de las mas sanas cabezas y el tedio hace que uno se canse de tener siempre fé en las mismas verdades; quiere uno descubrir otras nuevas y se extravía. El demonio se aprovecha de ello y bajo las formas de una verdadera filosofia bajo las apariencias de celeste inspiracion, suscita errores monstruosos y de muy mal abjurar cuando nos sorprende la hora de dar cuenta á Dios. He oido decir, pero muy bajito, á gentes bien informadas, que el abad Espiridion, aunque vivia y austeramente se habia dejado infeccionar poco á poco y á sabiendas del veneno del error contenido en muchos malos libros que habia leído con el pretexto de refutarlos enten-

samente. Conservó siempre el exterior de un buen religioso, mas en el fondo habia caido en heregias mas monstruosas aún que las de su juventud. Las abominables obras del judío Spinoza y las infernales doctrinas de los filósofos de aquella escuela, le habian vuelto panteista, es decir ateo. ¡Ay! querido hijo mio, haced que el amor á la ciencia, que solo es vana curiosidad, no os arrastre jamás á semejantes abismos. Se supone que en sus últimos años Hebronijs, habia escrito abominaciones sin cuenta. Felizmente se arrepintió en la hora de la muerte y los quemó por su propia mano, á fin de que el veneno que contenian no infestase en lo sucesivo á espíritus sencillos que los leyesen. Murió en paz con el Señor, en apariencia por lo menos, pero los que solo habian tenido lugar de examinar su vida exterior y le tenian por un santo, quedaron maravillados de que desde la tumba no hiciese milagros. Los espíritus rectos que habian aprendido á juzgarle mejor, se abstuvieron siempre de manifestar sus temores acerca de su suerte en la otra vida. Algunos hasta pensaron que se habia entregado á sortilegios y que el diablo apareció á su lado cuando espiró. En fin, estas son cosas sobre las cuales es imposible adquirir plena certidumbre, siendo imprudente y hasta peligroso quizá hablar de ellas.

Quede pues en paz su memoria. Su retrato ha permanecido aquí indicando que Dios puede muy bien habérselo perdonado todo, teniendo en cuenta las grandes limosnas que hizo y la fundacion de este monasterio.

Nos interrumpió la llegada del prior. El teso-

rero se inclinó hasta el suelo, cruzando los brazos sobre el pecho y nos dejó solos.

Entonces el prior midiéndome de piés á cabeza y hablando con sequedad, me pidió cuenta de las largas vigiliias del padre Alejo y del rumor de voces que cada noche se oia en su celda. Traté de explicar estos hechos por el estado enfermizo de mi maestro, pero el prior me replicó que una persona muy fidedigna, yendo á dar cuerda al reloj de la iglesia, ántes de amanecer habia oido en nuestras celdas gran ruido de voces, amenazas, gritos é imprecaciones.

—Espero, añadió el prior que me contestareis llana y sencillamente, pues hay perdon para todas las faltas cuando el culpable las confiesa y se arrepiente de ellas; si no aclarais mis dudas de modo que me satisfaga, los mas rigurosos castigos os obligarán á ello.

—Reverendo padre, respondí, no sé que sospechas pueden pesar sobre mí en tales circunstancias. Es verdad que el padre Alejo ha hablado en voz alta toda la noche, pues deliraba. En cuánto á mí, tal era el sentimiento que me causaba su dolor que he llorado. En los instantes en que volvía en sí, mi maestro dirigia á Dios fervientes súplicas, entonces yo unia mi voz á la suya y mi corazon al suyo.

—La contestacion no carece de habilidad, repuso el prior con tono despreciativo, ¿pero cómo explicar el gran resplandor que súbitamente ha iluminado las dos celdas y aún toda la cúpula, la llama que en consecuencia ha salido esparciéndose por el aire con un pestifero olor de azufre?

—No entiendo, reverendo padre, respondí, que haya mayor delito en usar fósforo y azufre para encender una luz, que en velar á un enfermo y orar junto á su lecho. Es fácil que imprudentemente me haya servido de esa composicion y es posible que en mi aturdimiento haya dejado destapado el frasco que la contenia, difundiéndose por la casa el olor desagradable que despide, pero puedo afirmar que este olor no ofrece ningun peligro y que el fósforo, en ningun caso puede producir un incendio. Suplico pues á su Reverencia, me conceda su perdon si he obrado con poca prudencia, no imputando á nadie una falta que yo solo he cometido.

El prior fijó largo rato sobre mí una mirada inquisitorial, como si hubiese querido penetrar hasta donde llegaba mi impudencia, luego levantando los ojos al cielo en un trasporte de indignacion, salió sin decirme una palabra.

Quedéme solo y lleno de espanto, no precisamente por mí, sinó por la tempestad que veia amontonarse sobre la cabeza del padre Alejo; involuntariamente miré el retrato de Hebronius y junté las manos arrebatado por un sentimiento irresistible de confianza y de esqeranza. El sol heria en aquel momento el rostro del fundador; parecióme ver la cabeza desprenderse del cuadro; luego su mano, despues su cuerpo é inclinarse todo hácia adelante. El movimiento cundió ligeramente sus cabellos, sus ojos se animaron y me dirigieron una mirada penetrante. Sobrecogióme entonces una palpitacion tan violenta que la sangre me zumbó en los oidos, mi vista se turbó y sintiéndome flaquear me alejé precipitadamente.

Retiréme triste é inquieto. Preveia que mi desgraciado maestro iba á ser víctima de muchas persecuciones y que sus últimos momentos tan dolorosos de por sí, iban á ser mas amargos aún, sea porque el ódio y la calumnia hubiesen envenenado hechos que para mí eran un problema, sea porque el padre Alejo y yo fuésemos el blanco de las asechanzas del maligno espíritu, el cuál hubiese dado á entender á algun testigo verídico, mucho mas de lo que yo habia visto. Hubiera querido ocultar todo esto á mi buen maestro, pero el único medio de conjurar la tormenta era suplicarle se reconciliase con el espíritu de la Iglesia.

Escuchó mi relato y mis súplicas con indiferencia y cuando hube concluido de hablar, dijo:

—Sosiégate: el Espíritu está con nosotros, nada hemos de temer de los hombres de la carne. El espíritu es áspero, es severo, está irritado, pero está en favor nuestro. Y aún cuando nos entregasen á los mas crueles tratamientos, aún cuando se pultasen tu delicado cuerpo y mi vieja materia agonizante en las húmedas tinieblas de un calabazo, el Espíritu descenderia hasta nosotros como descien-den ahora los dorados rayos del sol. No temas, hijo mio, doquiera que esté el Espíritu, allí están tambien la luz, el calor y la vida.

Quise insistir aún; me hizo seña suavemente de que no le turbase y sentándose en su poltrona cayó en una contemplacion interior, durante la cuál su calva frente y sus ojos inclinados hácia el suelo ofrecieron un modelo de la mas augusta serenidad. Poseia seguramente una virtud desconocida que subyugaba mis repugnancias y vencía todos mis te-

mores. Le quiero mas que hijo alguno puede amar á su padre. Hacia míos, todos sus males y apesar de mi sincero deseo de agradar á Dios, si Dios le hubiera condenado yo hubiera querido compartir su castigo. Hasta entonces mil escrúpulos me habian roído la conciencia, pero desde aquel instante el sentimiento de los peligros que corria el padre Alejo me inspiraban tanta fuerza y tanto amor que nada temia por mi alma. Su quejido angustioso habia podido mas que la voz de mi conciencia, mi solicitud tomaba un carácter mas humano, lo confieso. Si no puede salvarse en la otra vida, decíame á mí mismo, que concluya al menos esta pacíficamente y si por este deseo he de ser castigado, cúmplase la voluntad de Dios!

Una noche á tiempo que el padre Alejo se adormecia blandamente y que yo concluía mis oraciones junto á su lecho, se abrió repentinamente la puerta y una espantosa figura vino á colocarse delante de mí. Quedé petrificado sin poder articular un sonido, ni hacer un movimiento. El cabello se me erizó y mi vista se clavó sobre esta horrible aparicion, como la de una avecilla fascinada por la serpiente. Mi maestro no despertaba y la odiosa, la repugnante cosa permanecia inmóvil al pié de la cama. Cerré los ojos para no verla y para buscar razon y fuerza en mí mismo. Volví á abrirlos; aún estaba allí. Hice entonces un supremo esfuerzo para gritar y de mi pecho solo salió un sordo ahullido que despertó al padre Alejo. Vió aquello delante de él y en lugar de manifestar horror ó espanto, se limitó á decir como hombre que se extraña un poco.

—¡Ah, ah!

—¿No me has llamado? héme aquí, dijo el fantasma.

Mi maestro se encogió de hombros y volviéndose hácia mí;

—¿Tienes miedo? me dijo, ¿tomas esto por un espíritu, por el diablo, verdad? No, no, los espíritus no revisten esta forma y si los hubiese tan bestialmente feos no gozarian el poder de presentarse á los hombres. La razon humana está bajo la salvaguardia del espíritu de sabiduría. Esto no es una vision, añadió levantándose y acercándose al fantasma, esto es un hombre de *carne y hueso*.

—Vamos, quitáos esa máscara, dijo cogiendo al espectro por la garganta, no penseis que me aterroriza tan infame disfraz.

Sacudiéndole entonces violentamente con una mano que parecia de hierro, hizole caer de rodillas y rrrrancándole la careta, reconocí al hermano converso que me habia echado de la iglesia y que se llamaba Domingo.

—Toma la luz, me dijo el padre Alejo con voz fuerte y unos ojos en que brillaba irónica alegría. Anda; es preciso que se me dé cuenta de semejante abominacion. Vamos, dáte prisa, obedece. ¡Tienes menos ánimo que un raton casero!

Estaba tan trastornado que la mano me temblaba como un cascabel, y no podia sostener la lámpara.

—Abre la puerta, me dijo imperiosamente.

Obedecí, pero viéndole arrastrar por el suelo como á un trapajo al mísero Domingo, me horroricé. Cuando el padre Alejo se indignaba tenia mo-

mentos de desenfrenada violencia y creí que iba á echar al pretendido demonio por encima de la escalera de la cúpula.

—¡Piedad, piedad! padre mio, exclamé, poniéndome delante de él, no mancheis vuestras manos de sangre.

El padre Alejo se encogió de hombros y dijo:

—¡Eres un insensato! Ya que no quieres caminar delante de mí, sigueme. Y siguió arrastrando al converso que apesar de ser un hombre robusto parecia estar aterrado por una fuerza sobrehumana: bajó la escalera. Entonces cobré ánimo y le seguí.

Al ruido que hacíamos muchas personas, que al pié de la escalera aguardaban sin duda, el resultado de las confesiones que el supuesto demonio habia arrancado á mi maestro, se presentaron, pero al ver escena tan diferente de la que esperaban, se envolvieron en sus caperuzas y huyeron perdiéndose en la oscuridad. Esto no obstante tuvimos tiempo de ver por sus hábitos que eran hermanos conversos y novicios. Ningun padre se había comprometido en esta sacrílega farsa, dirigida sin embargo, como mas tarde supimos por órdenes superiores.

El padre Alejo continuaba andando precipitadamente, arrastrando á su prisionero, el cuál de tanto á cuánto se esforzaba en desasirse de aquella mano formidable, pero el padre se detenía entonces é imprimiéndole un movimiento de estrangulación le hacia rodar por los escalones. Tenia las uñas teñidas de sangre y los ojos de Domingo parecian querer saltársele de las órbitas. Seguiales yo y de este modo llegamos al remate de la gran escalera

que daba al claustro. Allí estaba suspendida la campana mayor, que únicamente se tocaba en la agonia de los religiosos, por cuyo motivo se la llamaba el *artículo mortis*. Sin soltar el padre Alejo á su abatido demonio, se puso á tocar con una mano con tal fuerza que todo el monasterio se estremeció. Enseguida oimos abrir precipitadamente las puertas de las celdas y en todas las escaleras se oía ruido. Los frailes, los novicios, los dependientes, todos acudian y pronto el patio se llenó de gente. Todas estas figuras desfavorecidas y en desórden, alumbradas solo por el trémulo resplandor de mi lámpara, parecian los habitantes del valle de Josafat despertando del sueño de la muerte al sonido de la trompeta del juicio final. El padre seguía tocando é inútilmente llovian preguntas sobre él; en vano trataban de arrancarle de las manos al infeliz Domingo; estaba animado de una fuerza sobrenatural; hacia frente á la muchedumbre y la dominaba con el ruido del toque á arrebató y con su voz de trueno.

—Fáltame alguno, decia; cuando esté aquí hablaré, me someteré, pero no dejaré de tocar hasta que haya bajado como los demás.

Por fin presentóse el último prior y el padre Alejo cesó de mover la campana. De pié, centelleando los ojos con aire victorioso, teniendo á sus piés aquella figura monstruosa, cualquiera le hubiera tomado por el arcángel San Miguel aterrando al demonio, tanto se mostraba valiente y hermoso. Todos le miraban inmóviles y bajo la profunda bóveda del claustro no se oía ni la mas ligera respiracion. Entonces el padre Alejo levantando la voz

en medio de aquel fúnebre silencio, dijo dirigiéndose al prior:

—¡Padre mio, ved lo que acontece! Mientras estoy agonizando en mi lecho, hombres de esta santa casa que se titulan hermanos míos, vienen á asediarme en mi último suspiro llevados de una cobarde curiosidad y valiéndose de una farsa infame envían á mi celda á éste, ¡éste Domingo! (y diciendo esto levantaba bastante alto la cabeza del converso para que todos pudieran reconocerle.) Lo envían cubierto de odioso disfraz á mi cabecera, gritando con voz furiosa para hacerme despertar sobresaltado de mi sueño, de mi último sueño quizá. ¿Qué esperan? ¿Atemorizarme, asustarme, helar por medio de una aparicion terrorífica mi espíritu que creían abatido, arrancar á mi delirio, palabras vergonzosas y horribles secretos? ¿Qué es esta nueva é increíble persecucion, padre mio, y desde cuando se niega al pecador pasar en el silencio de la paz, su hora suprema? Si hubiesen dado con un espíritu débil y hubiesen ocasionado mi muerte con esa vision infernal sin dejarme lugar para reconocer é invocar al Señor, decidme ¿sobre quién habia de recaer el peso de mi condenacion? ¡Oh! vosotros hombres de buena fé que aquí os hallais, no hablo por mí, sabedlo, por mí que voy á morir, sino por vosotros que me sobrevivireis para que podeis apurar tranquilamente el cáliz de vuestra muerte y dígoos ahora que pidais todos conmigo justicia á nuestro padre espiritual que está ánte nosotros y en caso necesario al otro que está sobre nosotros. Justicia pues, padre mio, ¡justicia!

Y los hombres de buena fé que allí estaban gritaron todas juntos: ¡justicia, justicia! y los mudos

mudos ecos del claustro repitieron ¡justicia, justicia!

El prior presenciaba esta escena con impasible fisonomía, únicamente me pareció que estaba algo mas pálido que de costumbre. Permaneció algunos momentos sin contestar, el entrecejo ligeramente arrugado, por fin dejó oír su voz, diciendo:

—Hijo mio, Alejo, perdona á éste hombre.

—Sí; le perdono con la condicion de que le castigareis, padre mio.

—Hijo mio, Alejo, repuso el prior ¿son estos los sentimientos de un hombre que dice hallarse próximo presentarse ánte el tribunal supremo? Ruegós que perdoneis á este hombre y que retireis vuestra mano de encima de él.

Alejo vaciló un momento; comprendió que si no reprima su ira, sus enemigos triunfarian. Dió dos pasos hácia adelante y empujando su presa hasta los piés del prior, sin soltarla, dijo inclinándose:

Reverendo padre, perdono porque debo hacerlo y porque vos lo deseais; mas como no es á mí sinó al cielo á quien se ha afendido, como vuestra virtud, vuestra sabiduría y vuestra autoridad han sido ultrajadas, conduzco al culpable á vuestras plantas y prosternándome con él suplico á Vuestra Reverencia le perdone y ruegue para que la justicia eterna le perdone tambien.

Los enemigos de mi maestro habian esperado que su cólera y su resistencia echarian á perder su causa, pero este acto de sumision destruyó sus infames designios. Los que iban á favor del padre Alejo dieron tales muestras de aprobacion que el prior se

vió precisado á abrazar su causa al menos aparentemente.

Hijo mio, Alejo, le dijo levantándolo y abrazándole, vuestra humildad y vuestra misericordia hánme conmovido, pero no puedo perdonar á este hombre como vos lo haceis. Vuestra obligacion era interceder por él, la mia es castigarlo severamente y esto se verificará tal cuál lo reclaman la justicia celeste y los estatutos de nuestra órden.

A esta severa determinacion, un estremecimiento de horror recorrió todas las filas. Las penas contra el sacrilegio eran las mas severas de todas y ningun religioso las conocia á punto fijo hasta haberlas sufrido. Estaba además prohibido revelarlas so pena de padecerlas segunda vez. Los condenados salian de su entierro en un estado espantoso de demacracion y muchos habian sucumbido poco despues de haber alcanzado el perdon. A mi maestro no le engañó la severidad del prior, pues ví vagar por sus lábios una sardónica sonrisa, sin embargo quedaba satisfecha su dignidad y soltó su presa. Tenia la mano tan agarrada al cuello de su enemigo que tuvo necesidad de emplear la otra para desasirse. Domingo cayó desmayado á los piés del prior que hizo una seña; inmediatamente cuatro conversos se lo llevaron en presencia de la comunidad azorada. Jamás se le volvió á ver en el convento; prohibióse pronunciar su nombre, ni palabra alguna que tuviese relacion con su extraña travesura; recitósele el oficio de difuntos sin que nos fuese permitido preguntar que habia sido de él. Mucho tiempo despues vile, gordo, alegre y riendo socarronamente cuando se le recordaba aquella aventura.

Mi maestro se apoyó sobre mí, bamboleó, palideció y perdiendo de pronto la milagrosa fuerza que le habia sostenido hasta entonces, se arrastró con mucho trabajo hasta su cama, hícele tragar algunas gotas de cordial y me dijo:

Angel, si el prior lo protege, creo que lo mato. Durmióse sin añadir nada mas.

Al dia siguiente el padre Alejo se levantó bastante tarde: estaba tranquilo, pero muy débil; necesitó apoyarse en mí para llegar hasta su silla y cayó en ella suspirando mas bien que se sentó. Yo no podia comprender como aquel cuerpo tan débil habia sido capaz, la víspera, de tan gigantescos esfuerzos.

—Padre mio, le dije mirándole con inquietud, ¿os hallais acaso peor, sufrís más?

—No; me contestó, estoy bien.

—Pero pareceis estar profundamente absorto.

—Reflexiono.

—Meditais acerca de lo sucedido. Lo concibo; motivo para ello; pero me parece que debierais de estar mas sereno, porque tambien hay razon para alegrarse. Por fin hemos conseguido ver claro en el fondo del abismo y cábenos la seguridad de que no estais asediado por malos espíritus.

Sonrióse el padre Alejo con aire ligeramente irónico y meneando la cabeza, dijo:

—¿Crees pues aún en los malos espíritus, pobre Angel mio? ¡Error! ¡error!

¿Crees tú tambien como los físicos de otro tiempo, que la naturaleza tiene horror al vacío? Pues lo mismo hay malos espíritus que vacío. (1) ¿Qué seria

(1) La esperiencia se ha encargado de demostrar lo contrario. Nota de la T.

el hombre, esa criatura inteligente, ese hijo del espíritu, si las malas pasiones, los viles instintos de la carne pudiesen venir bajo una forma repugnante ó grotesca á asaltar sus vigiliass ó á fatigar su sueño? No: todos esos demonios, todas esas creaciones infernales de que hablan todos los dias los ignorantes ó los impostores, solo son fantasmas creados por la imaginacion de los unos para atemorizar á los otros. El hombre fuerte conoce su propia dignidad y en su interior se rie de esos inventores dignos de lástima, durmiéndose sin inquietud y despertando sin temor.

—Sin embargo, respóndile, asombrado por este lenguaje, aquí mismo han acontecido cosas que pueden hacerme pensar lo contrario. La otra noche le oí á usted conversar con otra voz muy fuerte que parecia reprenderle con dureza. Usted le contestaba entre afligido y temeroso. Yo me asusté; vine á este cuarto para socorrerle y le encontré solo, postrado, llorando amarguissimamente. ¿Qué era todo esto pues?

—Era él.

—¡El! ¿quien él?

—Ya lo sabes puesto que estaba contigo, puesto que por tres veces te llamó como el Señor llamó durante la noche al jóven Samuel dormido en el templo.

—¿Como lo sabeis, padre mio?

Alejo pareció no oír mi pregunta. Permaneció absorto un rato con la cabeza inclinada sobre el pecho; luego tomó la palabra sin cambiar de actitud, ni hacer ningun movimiento.

—¿Dime, Angel, cuando le viste era en pleno dia?

—Sí, padre mio, á las doce. Ya me lo habeis preguntado.

—¿Y brillaba el sol?

—Se reflejaba en su fisonomía.

—¿Solo esa vez le has visto?

Vacilé un momento en contestar; temia ser juguete de una ilusion y dar con mis propias aberraciones, consistencia á las del padre Alejo.

—¡Le has visto otra vez exclamó con impaciencia y no me lo has dicho!

Mi buen maestro ¿qué valor quereis dar á apariciones que quizá no sean mas que afecto de semejanzas casuales, ó tal vez de simples juegos de luz?

—Argel, que quereis decir; lo que tratais de ocultarme, me lo revelan vuestras propias reticencias. Hablad, es preciso; me vá en ello el reposo de mis últimos dias.

Vencido por su persistencia, contéle para satisfacerle, el terror que me habia acometido en la sacristia, aquel dia en que creyendo estar solo y saliendo de un profundo desmayo, oí murmurar ciertas palabras y ví pasar una sombra, sin poderme dar explicacion natural de estas cosas.

—¿Y qué palabras eran esas? preguntó el padre Alejo.

—Un llamamiento á Dios en favor de las víctimas de la ignorancia y de la impostura.

—¿Qué nombre daba al que invocaba? Decia oh! Espiritu, ó Jeovah?

—Decia oh! Espiritu de sabiduría.

—¿Y qué forma tenia aquella sombra?

—No sé: salió de la oscuridad y se perdió en

el rayo de luz que entraba por la ventana, ántes de tener tiempo y valor para examinarla. Pero escuchad, padre mio, he creido siempre que erais vos, que apoyado contra la ventana y hablando consigo mismo.....

Alejo hizo un gesto de incredulidad.

—¿No podriais haber perdido la memoria de ese hecho insignificante, errando como errabais sin ceser por aquella época y fuertemente preocupado cuál lo estais siempre?

—¿Pero tú le has visto aún otras veces? interrumpió Alejo con violencia. No quieres decírmelo todo, quieres que baje á la tumba sin legar mi secreto á un amigo? Contesta siquiera á la pregunta que voy á hacerte. Cuando te paseabas en hermosos dias, á lo largo de las apartadas calles del jardin, atormentado por tristísimos pensamientos, invocando la providencia amiga de los hombres ¿no has oido tras tus pisadas, otras pisadas que sin dejar huella, hacian crugir la arena?

Estremecíme y díjele que ese ruido de pasos me habia perseguido en la sala del capítulo, cabalmente el dia anterior.

—¿Y entonces no se te ha parecido nada?

Contéle el efecto prodigioso del sol sobre el retrato del fundador. Entonces cruzó las manos sobre el pecho trasportado de alegría, repitiendo diferentes veces:

¡El es! él es!... te ha elegido, te ha enviado, quiere que te hable. Pues bien voy á hablarte. Recoge tus ideas y haz que no agite tu alma una vana curiosidad. Recibe la confianza que voy á depositar en tí, como las entreabiertas flores al rayar el alba reciben el delicioso rocío del cielo.